

Las piernas del cerebro

XAVIER BRU DE SALA

En vez de añadir o quitar materias curriculares, el sistema escolar debería orientarse a mejorar en lectoescritura y cálculo



La infancia y la juventud deben aprovecharse para estudiar

JORDI RIBOT

No abomino de los valores y su transmisión. Una combinación de epicureísmo y estoicismo no vendría nada mal a nuestras sociedades. La meta, en fin, de toda construcción humana individual es ir progresando por caminos que conduzcan a la bondad, a la indulgencia con las debilidades ajenas, a los intentos de corrección de las propias, a la entereza como meta, a una cierta plenitud vital, no exenta de pequeñas renunciaciones y logros ciertos, que entiendo como la única fuente de satisfacción con uno mismo. Pero eso en la escuela, tal como podemos concebirla, no puede aprenderse. Los valores, los que sean, y no siempre son positivos, impregnan la atmósfera, son ambientales, lo empapan todo. Mejorarlos no es trabajo de los educadores sino de todos.

¿A qué debe entonces dedicar sus esfuerzos el sistema educativo? En sus primeras etapas, a incrementar las capacidades cognitivas, antes que nada en dos aspectos primordiales. La lectoescritura y la capacidad de cálculo. O sea, en su vértice de unión, 'comprender a través del lenguaje combinando abstracciones'. Todos nacemos con capacidad oral y numérica. Mamá cuervo sabe contar sin haber ido al colegio. Pero la escuela debe, en primer lugar, ante todo, desarrollar estas dos capacidades, las dos piernas del cerebro. Deberíamos empezar a comprender el cerebro como algo no tan alejado del cuerpo. Algo más sofisticado es el tejido neuronal, pero no tanto como para que, a la luz de los conocimientos actuales, se nos siga apareciendo como una caja oscura. No es, desde luego, una tabla rasa. Sí un sistema con una enorme plasticidad, capaz de crear nuevas conexiones a cualquier edad, más todavía en la infancia y la juventud. Por eso es que deben aprovecharse estas edades para desarrollar este precioso tejido.

La clave se llama estudio. ¿En qué consiste? En concentrarse para forzar un poco estas conexiones. No, primordialmente, para adquirir conocimientos, sino para incrementar la

capacidad de conectarlos entre sí, que es el único modo conocido de fijarlos. Ningún cerebro, si no es el de los más superdotados, puede pasar por sí solo y sin esfuerzo de la oralidad a la lectoescritura, de la expresión simple a la comprensión compleja, de las sumas y restas al cálculo sofisticado.

Toda existencia transcurre por caminos en buena parte azarosos, por lo que son imprevisibles los grados de acomodo de cada cual con sus propias vicisitudes. Eso, la escuela, la enseñanza, no pueden preverlo, ni orientarlo quien crea que la autonomía del individuo es irrenunciable e intransferible. A cada uno le irán las cosas como sea, le saldrá la vida de un modo u otro. Es responsabilidad propia, no del sistema educativo. El sistema tiene el modesto pero insoslayable deber de alargar las dos piernas del cerebro, las mencionadas, para que el futuro adulto eche a andar con menos riesgo de no entender nada, empezando por él mismo. Luego, la andadura es un asunto particular, muy ligado a la experiencia, al aprovechamiento o no de las oportunidades, plagado de errores, insisto, y de algún que otro acierto. De errores y aciertos se puede aprender algo o nada. No depende de la escuela.

El programa puede ser tildado de modesto, si lo preferís humilde. No lo es. El objetivo es ascender por las dos laderas. Una, la comprensión de lenguaje escrito y el perfeccionamiento de la expresión propia, que son uno y lo mismo. La otra, el cálculo, en primer lugar numérico, luego abstracto, combinatoria conceptual. Eso es lo primordial, junto a la memoria, que es el campo por el que transita la inteligencia, la mayoría de las veces con una extraordinaria y cansada lentitud, excepcionalmente con un brillante galope. Sobre cómo procurarse una existencia emocional satisfactoria, por ejemplo, sabemos muy poco, por lo que es mejor no intentar enseñar nada. A comprender, a calcular sí puede enseñarse, mediante la creación de nuevas conexiones, producto del esfuerzo individual. Con eso casi basta

La enseñanza a debate Con enfoques distintos, dos libros despliegan valiosas reflexiones sobre la práctica docente: Frank McCourt evoca sus batallas en las aulas de EE.UU. y Ricardo Moreno cuestiona las políticas recientes en España

Enseñante en Nueva York

Frank McCourt
El profesor / El profesor
Traducción al castellano de Alejandro Pareja y al catalán de Eduard Castanyo

MAEVA / BROMERA
296 / 320 PÁGINAS
18 / 19 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Frank McCourt (Brooklyn, Nueva York, 1930) tenía 66 años cuando apareció su primer libro *Las cenizas de Ángela* (*Angela's ashes*), en el que vertía su infancia miserable en Limerick, el corazón de la Irlanda depauperada. McCourt arrancaba el relato con estas palabras: "Cuando recuerdo mi infancia, me pregunto cómo pude sobrevivir siquiera. Fue una infancia desgraciada, se entiende: las infancias felices no merecen que les prestemos atención. La infancia desgraciada irlandesa es peor que la infancia desgraciada corriente, y la infancia desgraciada irlandesa católica es peor todavía". Con esa llaneza envolvente el desconocido McCourt, profesor jubilado de instituto, emprendía la reconstrucción de la memoria de un chico nacido en Nueva York, hijo de inmigrantes irlandeses, cuyos padres, cuando él tenía cuatro años, decidieron volver a Irlanda —"debieron haberse quedado en Nueva York donde se conocieron y se casaron", les reprocha— para vivir al límite la versión irlandesa de la pobreza más radical bajo la tiranía de un padre alcohólico, curas pomposos, maestros despóticos y arrogantes ingleses.

Contra todo vaticinio, una obra cruda hasta el escalofrío pese al estilo desentendido con que McCourt revive el infierno que marcaría su vida se convirtió en un éxito internacional, obtuvo el Pulitzer y Alan Parker hizo con ella una pelí-

cula de notable factura. Así que de un día para otro Frank McCourt fue elevado a la celebridad mediática por el país al que había vuelto en 1949. "Yo era una novedad geriátrica con acento irlandés", ironiza. Poco después escribió *Tis*, sobre cómo encauzó su vida en Norteamérica hasta aterrizar en el profesorado. Al publicarse cayó en la cuenta de que había orillado un tema capital, su dilatada experiencia en el campo de la enseñanza a partir de 1958. McCourt hizo balance de su actividad pedagógica y las cifras le apabullaron: había enseñado en cinco institutos diferentes de Nueva York, entre ellos el prestigioso Stuyvesant de Manhattan, y en la Escuela Universitaria Pública de Brooklyn; en total, treinta y tres mil clases durante treinta años, incluyendo días, noches y veranos, afirma. Clases de gramática y, al final, de creación literaria, toda una gesta para alguien desubicado como él —irlandés en Estados Unidos y yanqui en Dublín— que nunca ha logrado borrar su acento de Limerick, carecía de formación universitaria, creador de una manera peculiar de enseñar a los que rechazan la enseñanza y relegado a ejercer en institutos técnicos y profesionales como el McKee, batallando en aulas superpobladas de chicas y chicos del lumpenproletariado urbano convencidos de tener escasas perspectivas de futuro, a quienes les importaba un bledo la gramática y algo más lo que tuviera a bien contar-

Por favor, un poco de educación



Ricardo Moreno Castillo
Panfleto antipedagógico

LEQTOR
156 PÁGINAS
14 EUROS

ANTONI GUAL

Cuando hablamos de educación estamos hablando de muchas cosas. Tantas que, al verbalizarlas, no somos conscientes de la magnitud del concepto.

En este país las políticas educativas desde la dictadura hasta hoy han sido una cadena de desatinos. Es desde el hartazgo y la indignación ante esta situación que el profesor Ricardo Moreno Castillo se ha visto obligado a redactar este *Panfleto antipedagógico* que hoy se nos presenta. Algunos dirán que esta proclama nace del resentimiento y la demagogia, pero no es así. Moreno hace un espléndido ejercicio de sentido común y de valentía; colocando las cosas en su lugar de una forma esclarecedora,

airada, sí, pero tremendamente educada y razonada.

Como dice Savater en el prólogo, "sus planteamientos pueden ser discutidos, pero ninguno puede ser pasado por alto". Cierto. El autor, desde la práctica docente diaria, señala con lucidez y precisión los puntos enfermos del organismo educativo español. *Panfleto antipedagógico* es una reflexión que oscila constantemente entre los conceptos de igualdad y libertad. Terreno pantanoso donde los haya, pero el autor sale airoso de la travesía ya que el conjunto de reflexiones constituyen una estupenda apología del laicismo y la racionalidad: un hermoso canto a la memoria.

Las religiones, apunta Moreno, im-